

Beatriz Arias Álvarez. *La figura de las voces. De las letras primigenias a los textos novohispanos*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2021; 330 pp.

IDANELY MORA PERALTA
Universidad Nacional Autónoma de México
idanelymora@filos.unam.mx

Seguramente en más de una ocasión nos hemos hecho un par de preguntas en torno a la *escritura* y a los diversos procesos que dieron origen a su consolidación. Acto seguido comenzamos por preguntarnos cómo surgieron las letras y cómo se obtuvieron los trazos para su representación. Mejor aún: ¿quién les asignó su sonido?, ¿en qué fecha se documentan los signos de puntuación? Estas reflexiones desencadenan otras, tales como qué es la grafemática, y a éstas se puede sumar un largo etcétera.

A simple vista las respuestas no son fáciles, porque cada una implica desentrañar un cúmulo de saberes que se dio en un espacio y en un tiempo, es por ello que conocer la génesis de lo que hoy denominamos *escritura* conlleva adentrarnos en la propuesta de lectura que nos hace Beatriz Arias Álvarez en su interesante libro *La figura de las voces. De las letras primigenias a los textos novohispanos*, un trabajo que se vincula con sus principales líneas de investigación en torno a los estudios del español medieval y novohispano desde el punto de vista diacrónico y en el que analiza aspectos fonéticos-fonológicos y sintácticos.

Esta obra va dirigida a dos tipos de lectores: quienes apenas se acercan al análisis de estos temas aprenderán y conocerán, de manera crítica y exhaustiva, los fascinantes pasajes de la historia de las letras en los que afloran los conocimientos de antiguas civilizaciones y, al mismo tiempo, profundizará en las normas ortográficas de diferentes épocas y en temas como la paleografía y la imprenta, por citar algunos; mientras que el lector especialista podrá ahondar en temas más específicos, en particular la relación oralidad-escritura y grafía-fonema. Además, el trabajo de Arias Álvarez abre la puerta para dar continuidad a los estudios sobre la grafemática novohispana, particularmente la

escritura de lenguas indígenas como la maya o la zapoteca. Al mismo tiempo, le permite dialogar con la metodología de análisis y encontrar la solución a la problemática que genera realizar una transcripción paleográfica, de tal forma que, al final, el investigador cuenta con las herramientas para trabajar con los manuscritos.

Nueve capítulos y la introducción, así como el prólogo que realizó el connotado lingüista Robert Blake, son las partes que configuran esta magnífica obra. Como puntos interesantes se puede destacar desde el inicio que no es una recopilación sobre el origen de la escritura, sino que se trata de una obra que concibe el texto no sólo como un conjunto de letras que constituyen una expresión, sino como un producto histórico-cultural.

A la luz de las páginas de este libro vamos a ampliar nuestros conocimientos lingüísticos y extralingüísticos pues, en palabras de la autora, “para comprender un texto hay que conocer las características del trazo de la escritura. Cada tipo de letra lleva consigo una historia y cada grupo de figuras corresponde a una etapa socio-cultural” (p. 18).

“De la lengua escrita y de su estudio” es el título del primer capítulo, en el que encontramos aportes sustanciales no sólo en torno al binomio lengua escrita versus lengua oral, sino también respuestas acerca de la pregunta ¿qué es la escritura? Estos temas enlazan con un tercero, cardinal para la obra y para el avisado lector, la ciencia que estudia la escritura: la grafemática. Gracias a Arias Álvarez sabremos de sus distintas denominaciones, de sus enfoques y sus objetivos, y por qué es esencial para nuestros estudios. Con el tema de grafema se cierra esta primera parte, en la que cobra relevancia, además de las explicaciones en torno a los fonemas —que se ilustran con imágenes y cuadros—, la diferenciación morfológica de los grafemas: tipos de líneas, orientación, tamaño, etc.

El segundo capítulo da cuenta de un cúmulo de información en torno al “Origen de la figura de las voces”. El estudio parte del carácter divino que le fue conferido a la escritura, y con este telón de fondo nos acercamos a conocer su estatus de monogénesis o poligénesis. Se advierte acerca del primer intento de escritura, el cual no se registra en las pinturas, sino en los pictogramas, y que éstos, con el paso del tiempo, pueden adquirir significados abstractos. Asimismo, leemos que para el siglo V a. C., cada territorio heleno tenía su propio alfabeto, cada uno con variaciones tanto en sus elementos como en la forma de las letras. Para la autora, este hecho demuestra que se puede hablar de dialectos. Una muestra más que no quisiéramos dejar de lado corresponde a la escritura uncial, la cual surge cuando se utiliza el pincel sobre el papiro y el pergamino. Por lo anterior, estamos seguros de que los datos aquí vertidos servirán para ampliar nuestro bagaje cultural.

Con una lectura amena llegamos al capítulo tercero, titulado “De las figuras latinas”. Este tema es pieza clave porque nos permite comprender, con base en datos culturales y lingüísticos, cómo el alfabeto latino, por un lado, se fue conformando, y, por el otro, de qué manera coadyuvó para que se pudieran representar los sonidos del castellano. Los tres apartados que lo constituyen evidencian un proceso complejo. Para ilustrar lo anterior elegimos dos puntos. En primer lugar, conocer que a la consonante <C> se le añadió un trazo y así se originó la <G>. Esa modificación, y la creación de esta nueva letra, se le atribuye a Carvilio, en el siglo III a. C. En segundo lugar, las graffias y su forma de pronunciación, la cual tuvo dos grandes exponentes: Capella y Alcuino.

Con suma elocuencia, la autora, en los siguientes párrafos, retoma las principales fuentes literarias, jurídicas, religiosas, etc., que ilustran cómo se dieron los estadios de las letras. Su exposición inicia con la época del protorromance, para luego explicarnos de qué manera los textos, más allá de adquirir un valor cultural, son testimonios de la génesis del castellano. La diversidad de ejemplos indica distintos procesos de la evolución lingüística, la etapa en la que se da la estandarización del castellano, así como los sistemas fonológicos y su representación y diversidad gráfica. *Grosso modo*, lo enunciado aquí es sólo una pincelada de lo mucho que aprenderemos en “De las figuras en romance castellano” del capítulo 4.

Estamos de acuerdo en señalar que la época colonial significó no sólo un parteaguas para la mentalidad de los habitantes de aquella época, sino también que el territorio de la Nueva España fue un terreno fértil para la lengua que usaban los conquistadores. Por lo tanto, a lo largo del capítulo 5, “De las figuras de las voces novohispanas”, Arias Álvarez contribuye al conocimiento del español novohispano. Uno de los ejes cardinales se enfoca en la política lingüística que estableció la Corona en el nuevo mundo para después centrarse en la manera en que se realizó la educación colonial. Más allá del aporte histórico, este texto destaca también por explicarnos la inestabilidad y la variación de las grafías que utilizaron los escribientes, y, para complementar los argumentos, la autora nos explica los diversos fenómenos lingüísticos con base en descripciones gráficas de manuscritos pertenecientes a los siglos XVI al XVIII. Por último, asistimos a otro gran escenario de lectura denominado “Las letras de las lenguas indígenas novohispanas”, en donde se puede apreciar el estado de complejidad que presentaron las escrituras zapoteca, maya y náhuatl.

Dentro de los acontecimientos histórico-sociales y de dos disciplinas, la caligrafía y la paleografía, se sitúa el siguiente capítulo, “Del trazo de las figuras de las voces y de su estudio”. La autora nos ofrece un portentoso estudio que comienza con los instrumentos, el material y la tinta que emplearon para escribir. A continuación, se centra en explicarnos las características de lo que se concebía como libro para luego puntualizar información valiosa en torno al que escribe. Este tema resulta por demás interesante, ya que “tanto en la antigüedad como posteriormente en España y en el Nuevo Mundo había personas que sabían leer y escribir (con diferentes grados de dominio lecto-escritor), pero que no eran profesionales de la escritura, a estas las denominaremos escribientes” (p. 181). Posteriormente, y con base en siete apartados, conocemos los tipos de letra. Huelga decir que es un capítulo didáctico en tanto que las imágenes son el soporte que nos sirve para identificar a cada uno. Todo lo anterior dará pauta para comprender cuáles fueron los tipos de escritura que emplearon los escribanos en la Nueva España, así como el valor que significó la imprenta si tomamos en cuenta que “lo que distingue la imprenta española de la mexicana es que los impresores de México tuvieron que enfrentarse a nuevos tipos para poder reflejar los sonidos de las lenguas indígenas” (p. 213).

Para conocer la respuesta de otra de las interrogantes que planteamos al inicio es menester adentrarnos en el capítulo 7, “De la combinación de la figura de las voces o del recto escribir”. En esta parte de la obra la autora analiza las aportaciones invaluable que realizaron grandes eruditos en torno al uso correcto de la escritura. Cada postura se ciñe

a un mismo fin, como el que nos comparte Villalón: “Una de las grandes corduras que un hombre puede y debe tener, es el bien escrever [...] el buen escrever se entiende entre los hombres cuerdos” (p. 220). Como podrá estudiar el lector, los postulados se cristalizaron en diversas gramáticas, ortografías y manuales para escribientes y cada uno respondió según las necesidades de la época. Por lo tanto, será de nuestro conocimiento, gracias a este capítulo, por qué son tan importantes la pronunciación, la etimología y el uso.

Sin más preámbulo nos dirigimos con gran interés a indagar acerca de “Otros signos que acompañan a las figuras: puntuación, marcas gráficas, acentuación y abreviaturas”. Por medio de este extraordinario capítulo 7 conoceremos que ya desde Aristóteles e Isócrates el tema de la puntuación no era desconocido; además de que los signos no sólo son los que actualmente utilizamos, sino que existieron otros como los que propuso en el medioevo Isidoro de Sevilla. Si bien Arias Álvarez nos comparte que “la necesidad de una adecuada utilización de los signos en los textos litúrgicos contribuyó al desarrollo de la puntuación” (p. 246), también nos explica que “la singrafía, los grafemas suprasegmentales y adsegmentales deben ser estudiados con el mismo rigor que otros elementos de la escritura y no deben ser olvidados en la transcripción de un manuscrito” (p. 275).

Con mucha curiosidad llegamos al capítulo 9, “De la transcripción y edición de los documentos”. La esencia de este último texto radica en la metodología para el análisis de los manuscritos. La autora profundiza, con base en distintos textos, en dos supuestos. En primer lugar, la edición del material, la cual debe partir de dos tipos de transcripción: una paleográfica y la otra crítica, y, de ser posible, acompañada con el manuscrito. En segundo lugar, hace hincapié en los parámetros que se deben emplear, pues considera que son cardinales para realizar investigaciones de tipo sintáctico, léxico-semántico e histórico. Además, no deja de lado ningún punto de interés, y sus reflexiones en torno a los problemas que pueden presentar los textos a la hora de llevar a cabo el análisis son expuestas con gran claridad. Por lo anterior, podemos afirmar que esta obra es una herramienta clave para distintas disciplinas y viene a llenar los huecos de investigación en torno al análisis de manuscritos. Estamos seguros de que el lector disfrutará de cada uno de los capítulos que enmarcan una parte de la historia de la lengua española.

Para finalizar, y no de menos importancia, nos permitimos comentar la particularidad de los elementos externos que configuran la portada, ya que gracias a un delicado color azul que sirve de fondo, se entretajan, en un *collage*, imágenes pintorescas que trazan el camino que siguió *La figura de las voces. De las letras primigenias a los textos novohispanos*.